

Panchito, Cuento II.

Voz bajita

Intento escribir. Hago garabatos en el papel pero la verdad es que estoy demasiado desconcentrado, pienso y pienso, me pierdo a lo lejos y la palabra se acumula en la garganta, cuando de pronto, un avión metálico da contra mi cabeza y me saca bruscamente de mis adentros...

-¡ja! ¡ja! ¡ja! –Ríe a carcajada suelta el intrépido Panchito, ¡piloto del Spitfire!- ¡He dado en el blanco don Emilio!

Yo, un poco nublado por el tremendo golpe recibido en toda la sien, apenas y me recuperé para responder:

-¡ah! El Don Panchito piloto... ¡casi me matas del susto!... y del golpe! -murmuré-.

-Es que te vi un poco distraído Capitán, –dijo- un piloto no puede darse esos lujos, o podría costarle la caída en combate.

-...mmm sí ¿no? –dije mirando al chamo mientras recogía su avión del suelo-

El pequeño se me acercó y con su manita, acarició justo donde el avioncito me había dado y a manera de sermón dijo:

-Perdóname Emilito, no quise lastimarte. Eso es para que sepas que a veces la vida nos da duro con sus golpes, pero debes recordar... ó aprender a levantarte luego de cada uno de ellos, con el tiempo podrás verlos venir y dar maniobra evasiva para salir airoso de cualquier embate enemigo.

Me quedé en silencio una vez más ante la sabiduría de este niño-luz, y en parte avergonzado de estar a mis años recibiendo sermones, tan sencillos pero tan trascendentales.

-¡gracias Don Pancho!. Tiene Ud. mucha razón. –dije abrazándolo fugazmente-

-Súbeme ahí por favor –me dijo indicando con su manita el borde de la mesa, en la que se encontraba la libreta anhelada de palabras-

-Ya está –pronuncié al cargarlo y colocarlo donde deseaba-

Entonces el niño se me quedó viendo por un rato, mientras yo me perdía de nuevo en el silencio y con los ojos abiertos pero ciegos.

-A ver amigo Emilio –dijo mientras sus piernitas hacían sube y baja, colgadas por la altura- échalo para afuera... ¿Por qué te encontré con esa cara más fea que la última vez?

-Pues... –titubeé- quizá cuando seas más adulto te lo cuento Panchito, aún eres muy niño para estas cosas de grandes.

El chamo, increíblemente y como si fuera un niño-viejo ó un viejo-niño, cruzó sus bracitos y puso la cara tan seria que causaba a la vez un poco de miedo y una extraña solemnidad...

- Es una niña, ¿verdad?. -¡uy! Gancho al hígado! –pensé- ¡una vez más hoy dio en el blanco!

-...mmm pues sí –dije resistiéndome un poco- pero mejor dejémoslo así. ¿Vale?

-¡Niñas! -dijo haciendo una mueca de incompreensión- ¡Todas son iguales! -... y giró la cabeza en forma negativa.-

-¿Y cómo supiste Comandante Pancho, que era una “niña” la causa noble de mi cara fea? ¿Además de piloto eres adivino?...

-¡Pues no, pequeño aprendiz de aviador! No tengo facultades premonitorias ni mucho menos. Es solo que, nosotros los buenos pilotos de combate, no como ciertos aprendices -ironizó-, tenemos lo que los médicos llaman visión 20x20. Sabemos ver bien y, no solo ver sino también mirar. Mirar desde lejos como se mira desde un faro y de cerca como se mira a una mano. Así que te miré la mirada y en ella vi a una niña, que al parecer te ha hecho poner esa cara fea, un poco más fea quiero decir. Buuuu... -y sonrió maliciosamente-

Yo mientras lo veía expresarse, no paraba de asombrarme ante la inteligencia del pequeño piloto, tratando al mismo tiempo de evadir la situación al máximo y descubrir en vano de dónde había salido nuevamente este amigo prodigio.

-Las niñas y el mal de amor mi querido Don Emilio Pratt, una mezcla mortal para nosotros los pilotos –dijo el pequeño al tiempo que observaba por la ventana y palmeaba mi hombro cual abuelo experimentado-.

-Sí, por ahí va un poco la cosa mi Pancho, quizá... –disimulé un poco el sentir-

-¿Y que le hizo esa niña?... Capitán Pratt, ¿Por qué tanta mirada perdida y voz bajita? -Preguntó el chamo, observándome con sus ojos caramelo, redondos y sencillos...

-Bueno amiguito –suspiré-, la niña en cuestión, la doña girasol... pues tal vez no es lo que hizo, ni lo que ha dejado de hacer, ni tampoco lo que hará de ahora en adelante. No tiene que ver con eso, sería muy básico pienso. La mirada perdida y la voz bajita tienen su razón/pasión, y esta viene de adentro. Del adentro de ella. Ha sido también creo, la penitencia de lo imposible que nos ha rodeado en el último tiempo. Circunstancia necia, indescifrable como un misterio.

Un misterio que es a su vez una grieta por la que se escapan partes de nosotros mismos. Partes intangibles, invisibles al ojo ajeno, pero reales para los adentros, para lo que nos mueve día a día. El misterio tipo “grieta”, por el que se nos ha escapado el destino ya varias veces Don Pancho, ante lo que hemos dicho una y otra vez: “faltaba tan poco”, “esto debe ser una broma”, “que tonto o tonta he sido”.

Ha sido eso intuyo, la causalidad impenitente que apaga a la mirada y pone la voz así, como dices tu Panchito, “bajita”.

Hubo un silencio reflexivo entre Pancho y yo, afuera una nube cruzó el cielo veloz y tapó el sol como eclipsándolo, haciendo que la tonalidad de luz en el despacho cambiara, se volviera un tanto gris y atenuando así nuestra cara, nuestros gestos. Entonces respiré y las palabras continuaron su ejercicio...

No creo que esté escrito previamente esto del “destino”, no de manera absoluta.

Puede que haya un guión, una escena pintada y hasta una pre-producción ya pagada por “alguien” allá arriba. Como ese Director invisible a nuestros ojos humanos pero tan verdadero para el espíritu. Tal vez tengamos inclusive, la capacidad de ver la película completa, de imaginarla antes de venir a protagonizarla. Pero ante las grietas ó misterios que se presentan en la realización de nuestro propio film personal, a pesar del “guión sugerido”, tenemos un don.

Nos fue entregado por el director de arriba. Y ese don es básicamente que nosotros decidimos qué decir al final en nuestro parlamento, podemos cambiar el final de la historia. Y es que a fin de cuentas es nuestra propia película. Libre albedrío, lo llaman gurúes y místicos. Los más urbanos lo llamamos: usted elige. Como en las tiendas por departamentos. En donde el cliente decide qué producto le conviene y a qué precio le va mejor. Solo basta usar el plástico y listo, ya está lo tienes en tu mano. Bueno, no es tan sencillo como esto pero digamos que sirve para ver mejor eso de que “nosotros elegimos”. Up to you my dear, como diría una reconocida consejera internacional.

Para orientarnos con esto de gestionar nuestro libre albedrío, o de gerenciar nuestra capacidad de elegir, existen Señales. Los entendidos, digamos CEO'S, presidentes de corporaciones, ejecutivos

y VIP's Bussines Class suelen llamar a estas señales... variables. Oportunidades, posibilidades de capitalizar algo y aumentar la rentabilidad. Pero una vez más esto no funciona en ciertas ocasiones de la vida, esa que afronta misterios y grietas, no sirve más que para llenar nuestra biblioteca, orientar nuestro bolsillo y adormecer el alma.

Me refiero a otro tipo de señales, esas que te quitan el sueño o te lo dan. Que te hacen leer una y otra vez, oír la bendita canción sin soltar el botón de "replay", las que te hacen ver tu flor favorita y vibrar... y más sencillamente las que te hacen reír y sonreír. Es importante esta última dupla.

Las señales que puedan aparecer, en esto de ayudarnos a elegir, de poner en práctica el albedrío, no son impositivas como solemos creer, no son maleficios proféticos ni maldiciones egipcias. No significan "te jodiste es lo que te toca", ...son simplemente opciones, como ventanas por las que puedes mirar diferentes paisajes, con montañas, con ríos, con playas... con desiertos.

Son como los letreros de un Parque Nacional al cual visitas a lo largo de todo tu recorrido, esos donde te detienes con el morral de lo dicho y lo vivido a cuestas, donde puedes leer cosas como: "Ud. está aquí siga esta ruta, es un camino alterno", "Sigue esta flecha, no te detengas yo te conduciré a lo que buscas", "Me siento tan bien contigo", "¿Por qué te pienso tanto?", "¿Por qué no sé de ti?". Señales.

Puede que ocurra que algunos letreros de estos estén en otro idioma. Que intentemos leerlos y no comprendamos. Intuimos lo que nos indica pero como tercos, queremos estar siempre seguros, damos muy poco espacio a la sorpresa. Entonces nos hacemos de interpretes, dejamos que otros traten de entender lo que solo nosotros debemos. Delegamos a un tercero que descifre la señal que es solo para nuestra mirada, que ha sido escrita para que lleguemos a donde solo "yo", quiero verdaderamente llegar.

Aún cuando esos interpretes nos digan lo que allí está escrito para nosotros, aún así depende de nosotros. De todas formas es nuestro viaje. Los interpretes, son en líneas generales gente buena. Nos conectan con aquellos a los que no podemos entender o con los que nos cuesta comunicarnos. Ellos hablan muchos idiomas y eso Panchito a mí me produce una sana envidia. No tanto porque puedan hablar en muchos idiomas, sino por lo que pueden expresar a través de ellos. Yo solo puedo decir, por ejemplo, "Te quiero" en un solo idioma. En este, en español. Aunque, están otros idiomas, como el de la palabra, el de la música... el del alma. Porque se puede decir, irresponsablemente, "Te quiero" de la boca para afuera, pero el que vale es el que se dice de alma a alma.

De todas formas me gustaría saber como se dice "Te quiero" en francés, en catalán o en italiano... Así podría ser interprete, decodificar señales para otros y ayudarlos a continuar por el parque y si logro estudiar mucho, hacerlo con un idioma que me atrae de forma inquietante: la poesía. Sería en si misma un hermoso misterio por descubrir.

Como quiera uno en esto de las señales y la gerencia de decisiones, el albedrío que no es para nada aburrido, plantea siempre retos a los cuales enfrentarnos. Riesgos y para seguir tocándole la nariz a los entendidos empresariales, podríamos decir que se trata de "La gestión del riesgo en la economía de mercado". Pero amigo Pancho me gusta más hablar como si estuviera realizando una peli, que un negocio.

El reto y los momentos dramáticos de las historias o de los films, se presentan justo cuando ejercemos ese nuestro "libre albedrío", ...cuando elegimos meramente. Es un arte, no es fácil saber elegir, yo creo que el secreto gira un poco entorno a no hacerlo bajo la sombra del miedo, ni de la prudencia. Los miedosos se autodenominan prudentes, leí hace poco. Saber elegir Panchito, a través de la luz arrolladora de esa pequeña voz que nos grita, de esa llama interna que nos invita a vivir-viviendo y no a morir-viviendo. Va más ligado al "esto me enciende, me hace vibrar" que a otra cosa. El amor no puede ser una sociedad & company.

El niño-piloto, con el avión sobre las piernas, me observaba detenidamente con su gesto infantil pero serio, con un cariño tierno que brotaba de su mirada mientras en esta respuesta-monólogo, la ansiedad se empujaba con fuerza hacia el aire...

Como no somos infalibles y las señales están allí en una cantidad importante, existe la posibilidad cierta de equivocarnos al descifrar el mensaje que esconden dichas señales. Equivocación en el entendido de aprender, no el mero hecho de fallar. En la amplitud de opciones, equivocarse no solo puede servir para aprender, sino que además puede traer escenas preciosas para nuestro guión, puede agregar... más que restar. Equivocarse en nuestra decisión puede darnos una luz a la cual aferrarse para seguir con el parlamento de la vida. Para seguir explorando el parque.

Si lo que hemos llamado “destino”, “vida” ó “amor verdadero”, se nos escapa por algún misterio estilo “grieta” que se presenta repetidas veces a lo largo de nuestro propio cuento, ha sido siempre más por lo que hemos hecho/dicho que por lo que creamos se nos ha impuesto incontrolablemente. Ha sido más por nuestra ausencia de fe, sobre el camino, sobre nosotros mismos, sobre nuestro proyecto... que por nuestro miedo a fallar que se ha escapado lo que tanto añoramos. Aunque el miedo aporta y mucho si lo dejamos. Es “consecuencia de”, no “culpa de”.

Entonces, descifrar el misterio no es lo correcto pienso, inclusive creo que no podemos aún decodificar esos acertijos trascendentales. Lo correcto es escuchar, sentir si la elección que activamos, es la que nos pide esa voz bajita pero vital que llevamos por dentro. O si la hemos dejado secuestrar por el fantasma del miedo, encarcelar por la dictadura totalitaria del “no sé”.

Panchito jugaba con el avión a darle vueltas, haciéndolo girar con las yemas de sus dedos, y a cada instante en el que concordaba en lo que yo decía, dejaba salir simpáticos “ujum”, “sip”, ó “yes”...

A pesar de toda esta historia de películas, albedríos y señales, mi querido y joven piloto de combate... -y entonces hice una pausa, cerrando los ojos, al tiempo que el avión dejó de girar-

A pesar de todos y de todo, prevalece la esperanza. Y esta no obedece a circunstancias, fechas o imprevistos. Simplemente está allí, como el rocío de una mañana cualquiera. Como el viento que nos lleva siempre hacia adelante. Hoy, la esperanza crece poco a poco allí dentro y enaltece este guión de miradas apagadas y voces bajitas.

En nuestro caso don Pancho, en el caso de la niña girasoles y el mío, la esperanza que crece cada día no nos resta, por el contrario. Y es que nada ni nadie, puede sacar de adentro, algo que es tan fuerte y real. Como la energía, esto solo puede transformarse en algo mejor...

Panchito había dejado de jugar con su avión y solo me miraba en silencio. Sonrió y con su manita derecha hizo que su avión simulara otro vuelo, arriba y abajo, pero en silencio, sin imitar el sonido del motor de aquel bolido, como un planeador. Yo lo miré callado por un largo rato. Luego, dio un salto y se bajó del escritorio rápidamente, se disponía a salir del despacho cuando le dije:

-¿y?

-¿Y qué? –respondió-

-¡Bueno! ¿No tienes nada que decir?, tu Don piloto experimentado...

-mmm... nop! –arrugué la cara como diciendo: ¿y este ahora qué?- ¡Qué más te voy a decir si, haz dicho bastante... esta vez no hemos jugado a los aviones por dejarte hablar de tu teoría de las grietas, los films y esa tal niña girasoles, así que Capitán Pratt me he aburrido y mejor ¡me voy!.

Perplejo, abrí los ojos cual par de huevos fritos...

- ¡Tu me preguntaste! – le dije a Pancho-

- Si claro, pero a mí estas historias de imposibles, grietas y elecciones la verdad que no me gustan nada... y las niñas pues mucho menos... ¡guácala!. Y si dejaras de preocuparte por ellas creo que estarías mucho mejor, ¡al menos no con esa cara de ganso! –argumentaba el infante levantando su dedo amenazador-...

-Bueno Panchito, pero es lógico que no te gusten las niñas. A los niños de tu edad no le gustan las chicas... es algo natural, ya verás lo que sucederá cuando seas grande y ¡cambien las cosas!... Además, los pilotos de combate, dízque como tu, siempre llevan la foto de una bella dama cuando vuelan. Al regresar a tierra, porque siempre hay un regreso, ellas los esperan felices, sonrientes y alegres prestas a....

-¡It´s Enough! –interrumpió el pequeño- mientras me hago grande y eso sucede, ¡prefiero jugar!..

Se acomodó su bragueta y de un giro rápido, salió corriendo por la puerta de la oficina, pero regresó en un parpadear de ojos para decir: ¡Ah! Me gustó lo de la esperanza!... rió y de nuevo desapareció corriendo.

Yo me quede viendo el espacio vacío, sonreí y pensé: ¡Los niños!.

Caracas.-

Diciembre 29, de 2004